

SUZETTE HADEN ELGIN

LENGUA MATERNA

PRÓLOGO DE CONCEPCIÓN PEREA

«Un referente feminista que es,
a la vez, una muestra magistral
de la mejor ficción especulativa.»

URSULA K. LE GUIN

OZ
EDITORIAL

LENGUA MATERNA

Suzette Haden Elgin

Traducción de Rafael Marín

Prólogo de Concepción Perea

Serie Lengua materna 1



Contenido

Página de créditos

Sinopsis

Prólogo de Concepción Perea

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19
20
21
22
23
24
25
Apéndice

Sobre la autora

Página de créditos

Lengua materna

V.1: octubre de 2020

Título original: *Native Tongue*

© Suzette Haden Elgin, 1984

Lengua materna ha sido publicado en inglés por Feminist Press, Nueva York.

© de la traducción, Rafael Marín Trechera, 1989

© del prólogo, Concepción Perea, 2020

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2020

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Kazanovskyi Andrii | Shutterstock

Publicado por Oz Editorial

C/ Aragó, n.º 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-18431-03-6

THEMA: FL

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Lengua materna

El clásico de la ciencia ficción feminista antes que *El cuento de la criada*

«**N**o se permitirá a ninguna ciudadana trabajar, tener dinero, propiedades o bienes sin el permiso de un hombre»

Es el año 2205. La subsistencia de la Tierra depende del comercio interplanetario y los derechos de las mujeres se han derogado: están sometidas a los hombres. Solo las lingüistas, un pequeño grupo de mujeres cuyas extraordinarias dotes como traductoras hacen posible la comunicación con los extraterrestres, disfrutan de cierta consideración social.

Nazareth es una brillante lingüista que trabaja hasta la extenuación para el Gobierno y sueña con jubilarse y entrar en una casa estéril, donde las mujeres que ya no están en edad de procrear esperan la muerte. Mientras tanto, un movimiento clandestino empieza a surgir entre las sombras de estas casas: en ellas, las mujeres están desarrollando un nuevo lenguaje secreto que les permitirá liberarse de sus opresores. Pero las rebeliones particulares de Nazareth amenazarán con acabar con el movimiento de la resistencia y cualquier esperanza de libertad.

Finalista del Premio Locus

«Un referente feminista que es, a la vez, una muestra magistral de la mejor ficción especulativa.»

Ursula K. Le Guin

«Publicada en 1984, *Lengua materna* lo deja claro. Las mujeres pueden empezar a cambiar el mundo gracias al poder y la precisión del lenguaje.»

Maggie Shen King, autora de *An Excess Male*

Prólogo

Estamos en el año 1991, Estados Unidos presenta una enmienda a la Constitución. Las mujeres pierden sus derechos civiles; a partir de ese momento, estarán tuteladas en todo momento por un hombre, ya sea un familiar o alguien cercano. Se las considera menores de edad e incapaces de tomar decisiones a todos los niveles, salvo en los tribunales, donde serán juzgadas como adultas.

Saltamos a algún momento del futuro, mucho después de ese infausto año de 1991. Una editora llamada Patricia Ann Wilkins nos habla de un manuscrito titulado *Lengua materna* escrito por una figura anónima que firma como «la mujer de la casa estéril Chornyak». La editora agradece la labor del erudito que ha encontrado el texto, nos habla de lo excepcional que es la novela, no solo como obra literaria sino como documento histórico, y menciona la labor de las lingüistas y su papel en las líneas. Empezamos a vislumbrar, un poco, un mundo de mujeres privadas de sus derechos, obligadas a convivir unas con otras en grandes grupos familiares sin, teóricamente, formación. Y sin embargo, en este mundo hubo lingüistas, mujeres que escribían a espaldas de sus hombres custodios para retratar su cruel realidad. Mujeres que han creado un lenguaje propio como ya ocurrió en su momento en el siglo XIX con el Nü Shu (escritura de mujeres) creado por las

mujeres chinas para comunicarse entre ellas, escribir poesía y, en suma, expresar todo lo que debían callar ante los hombres.

Finalmente, nos situamos entre el 2179 y el 2205. La exploración del espacio y el establecimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con otros planetas son una realidad para los seres humanos. En esta sociedad destacan los lingüistas, que han creado un poderoso *lobby* para hacerse con el monopolio de la traducción de lenguas extraterrestres y cuyo secreto se transmite de generación en generación dentro de un reducido número de familias (las líneas). Los lingos, como los llama despectivamente el resto de la población, detentan un enorme poder porque poseen el «don de las lenguas», una cualidad que se adquiere genéticamente y sin la que el comercio y la diplomacia intergaláctica serían totalmente imposibles. La historia principal nos habla de las historias de varias de las mujeres de las líneas y, en especial, de Nazareth, de la casa Chornyak (nombre que recuerda fónicamente a Chomsky), y en la revolución que inician las mujeres para construir una lengua (el láadan) con la que combatir la opresión masculina.

Esta estructura literaria de referencias dentro de referencias, al mejor estilo de *Otra vuelta de tuerca*, nos lleva al juego de posibilidades que nos presenta Suzette Haden Elgin, la autora de *Lengua materna*, que se publicó en 1984.

Para el lector que se acerque a ella por primera vez, quizá resulte una experiencia curiosa, como si el libro entre sus manos no fuera tan original ni interesante como debería ser. Recuerdo que me pasó algo parecido la primera vez que vi *Ciudadano Kane*; me pareció una película normal y corriente. No fue hasta que la puse en perspectiva cuando entendí que lo que hace de *Ciudadano*

Kane una obra maestra es que inventó todo lo que décadas después nos parece el ABC del cine.

Pongamos *Lengua materna* en perspectiva. Se publicó un año antes que *El cuento de la criada* de Margaret Atwood. Unos veinte años antes de que *La historia de tu vida*, de Ted Chiang, llegara a las estanterías. Casi treinta años antes que China Miéville publicara *Embassytown: La Ciudad Embrujada*. Recordemos también que la novela de Atwood había quedado casi en el olvido hasta que la serie de televisión la devolvió a la posición que merecía, y que la adaptación al cine del cuento de Ted Chiang es lo que ha hecho llegar ese relato al gran público. Y, mientras tanto, *Lengua materna* lleva décadas publicada, a la espera de su rescate.

Es inevitable ver la influencia de la novela de Suzette Haden Elgin en obras posteriores. Es también inevitable ver que cada autor ha aprovechado un tema distinto de los que presenta *Lengua materna*.

Si alguien, al leer esta obra, tiene la sensación de «esto lo he leído en algún otro sitio» o piensa «esto ya lo he visto en otros libros», no es porque sea una obra poco original o que trate temas que ya se han desarrollado antes, es porque muchas obras contemporáneas le deben más de lo que podríamos pensar a simple vista. Más de lo que se nos ha dejado ver.

Es una obra incómoda, que lanza a la cara de la sociedad la verdad de algo que ha ocurrido en el pasado, que sigue ocurriendo en la actualidad y que, si no tenemos cuidado, es perfectamente plausible que vuelva a ocurrir.

Por supuesto, la obra no es perfecta y en algunos aspectos el tiempo le ha pasado factura, en especial los que parten de premisas lingüísticas que, incluso en ese momento, ya empezaban a quedarse desfasadas. Aunque narrativamente potente, el tropo de que la lengua que se habla o aprende modifica la cognición se ha descartado en

la actualidad. No es que importe demasiado. Es una gran premisa y una pequeña fantasía de poder que todos los que hemos escrito alguna vez compartimos: que nuestras palabras cambien el mundo. Y nadie se lo echó en cara a Ted Chiang cuando usó la misma premisa en 1998 al escribir *La historia de mi vida*. Este relato funciona bajo la hipótesis de Sapir Whorf, una suposición lingüística que defiende que la lengua determina el pensamiento de los hablantes, que es la idea en torno a la que gira parte de la trama de *Lengua materna*.

Tampoco la idea de las líneas genéticas se mantiene en la actualidad, tenemos una visión menos determinista del aprendizaje y el desarrollo. Que solo ciertas personas tengan la capacidad, de origen genético, para aprender a comunicarse con seres extraterrestres, con todas las barreras culturales que ello conlleva, puede parecer reduccionista y, quizá, otra fantasía de poder propia de los lingüistas. Pero nadie se lo echó en cara a China Miéville cuando publicó *Embassytown: La Ciudad Embrujada* en 2011.

Establecer una dicotomía entre la percepción del mundo que tienen mujeres y hombres, así como su capacidad empática y emocional, abre la puerta a ideas que más pronto que tarde se convierten en armas de doble filo. Pero la feroz denuncia de la sociedad patriarcal, de la inercia que lleva a menospreciar y ocultar la aportación cultural de las mujeres, sigue tan vigente en la actualidad como lo era en 1984. Y, por supuesto, la verdad universal de que no se puede oprimir de manera permanente a ningún sector de la población sin que este encuentre el modo de rebelarse ante dicha opresión y, con su propio discurso, logre romper las cadenas. Algo de rabiosa actualidad en estos días que vivimos.

Aunque, por la época en la que se escribió, algunos elementos de la opresión patriarcal puedan parecer

desfasados en la novela, son las formas, no el contenido, lo que ha cambiado con el paso del tiempo. Algunos, porque otros pueden encontrarse todavía y casi a diario en muchos hogares de cualquier parte del mundo.

Si la realidad descrita por Suzette Haden Elgin en *Lengua materna* todavía nos resulta familiar en algunos aspectos, es porque la lucha todavía no ha terminado.

De hecho, reivindicar a Suzette Haden Elgin y rescatarla del limbo de obras descatalogadas (y autoras olvidadas) en el que estaba hasta ahora en nuestro país era necesario. Fue una de las grandes autoras de ciencia ficción de los ochenta y noventa. Fundó la Asociación de Poesía de Ciencia Ficción y se la considera una figura importante en el campo de los lenguajes artificiales tanto por su obra literaria como por sus numerosos ensayos en el campo de la lingüística. Sus planteamientos sobre la importancia del uso del lenguaje en el feminismo han sido la base de numerosos estudios y ella misma planteó esta teoría en toda su obra ya fuese en narrativa o en ensayo. «Las mujeres tienen que darse cuenta de que la ciencia ficción es el único género que permite explorar la cuestión de cómo sería el mundo si nos deshiciéramos de (Y), donde (Y) está formado por cualquiera de los innumerables hechos reales que constriñen y oprimen a las mujeres. Las mujeres necesitan atesorar y apoyar la ciencia ficción». Esta idea estuvo presente siempre en su trabajo y se expresa de modo muy claro en *Lengua materna*.

El láadan, la lengua que crea para la novela, fue un lenguaje en el que trabajó durante toda su vida. Un proyecto muy ambicioso que incluía la creación de un millar de palabras y las reglas para permitir la construcción de frases. En la introducción al primer diccionario de esta lengua (*A First Dictionary and Grammar of Láadan: Second Edition*, 1988), se afirma que el proceso de elaboración es similar al de un trabajo de *patchwork*, una metáfora

perfecta que une la lengua de las mujeres con un trabajo tan tradicionalmente femenino como es la costura. Y cobra más sentido aún cuando sabemos que las colchas de *patchwork* o *quilts* se bordaban y cosían con un significado temático importante bien para la costurera o para la futura dueña de la colcha. Cada colcha tiene un modelo «cabaña de troncos» que significa «hogar» y que suele tener un cuadro rojo en el centro para representar el calor de las cocinas, el corazón de las casas. Cada mujer usa los colores y los motivos que prefiere, cada uno con su propio significado, que representa un momento en la vida, una celebración de la familia, un recuerdo. Cada *quilt* es único. Cada *quilt* es un mensaje pensado para pasar de una generación de mujeres a otra. En la novela, de hecho, las mujeres esconden los textos del láadan entre sus útiles de costura y se reúnen con la excusa de coser en compañía para seguir construyendo su lenguaje. También las mujeres que usaban el Nü Shu ocultaban los textos entre dibujos en sus abanicos o lo bordaban en la ropa.

Según Haden Elgin, las lenguas actuales no tienen términos precisos para expresar la percepción femenina del mundo, un problema que se había propuesto poner en relieve mediante la creación del láadan. Al ser lingüista, sabía que probablemente este idioma nunca tendría un uso oficial y ni siquiera extendido, pero consideraba que al ser estudiado por otros lingüistas, sería una herramienta para mostrar la importancia del sentir femenino. Su enfoque era un reflejo de unas experiencias vitales que los hombres no podían conocer.

El proyecto era enorme, y su autora trabajó en él durante toda su vida con la esperanza de dar a conocer la importancia de la comunicación de la experiencia femenina del mundo, de sacar a la luz muchas vivencias desconocidas o premeditadamente infravaloradas por pertenecer a la esfera del «mundo de las mujeres».

Por eso leer *Lengua materna* es importante, porque es reivindicar una vez más el principal derecho del feminismo: el de que las mujeres sean escuchadas y sus experiencias se tengan en consideración y se valoren.

Concepción Perea Gómez
26 de agosto de 2020

Prefacio

Es cierto que hoy no se puede decir de ningún libro que sea «corriente»; somos conscientes de ello. Cuando la publicación de diez libros por año se hace inusitada, incluso el título menos distinguido dista mucho de ser ordinario. Pero, al afirmar que este no lo es, nos referimos a mucho más que al hecho de que su formato sea peculiar.

Primero: creemos que este libro es el único trabajo de ficción escrito por un miembro de las líneas. Los varones de las familias lingüísticas han dado al mundo un vasto cuerpo de trabajo erudito y otros libros de no ficción. Sus mujeres han contribuido a ese trabajo de manera sustancial, y los autores les han dado el debido crédito en sus notas introductorias y prefacios. Pero *Lengua materna* no es un trabajo de erudición, una gramática didáctica o un libro de ciencia para el público general; es una novela. Eso nos proporciona una sensación de participación en las vidas de los lingüistas del primer cuarto del siglo XXIII que no podemos obtener a partir de ninguna historia de la época, no importa lo detallada que sea o cuán comentada esté. Sobre ese tema existen muy pocas obras de ficción, ni siquiera salidas de la pluma de los no lingüistas; este libro es un ejemplo único escrito por una lingüista y, por tanto, su valor es inconmensurable. Estamos en deuda con el erudito que encontró el manuscrito y se encargó de que llegara a nuestras manos; lamentamos profundamente que

nuestra ignorancia de la identidad de este nos impida expresarle nuestro agradecimiento de forma más efectiva. Es un milagro que este documento no se haya perdido; estamos agradecidas por el milagro.

Segundo: aunque no habríamos tenido problemas al editar el material en los medios tradicionales de discos o microfichas, no era eso lo que queríamos. Desde su primera lectura, tuvimos la sensación de que este debería ser un libro impreso, editado y encuadernado a la antigua usanza. Es muy especial, y nos pareció que merecía tener una forma igualmente especial. Hicieron falta casi diez años, y los esfuerzos de cientos de personas, para recaudar el dinero necesario y encontrar a los artesanos con las habilidades adecuadas que estuvieran dispuestos a aceptar lo que podíamos permitirnos pagar, incluso para esta edición limitada.

No podemos decirles quién escribió *Lengua materna*. Estaba firmado simplemente por «la mujer de la casa Estéril Chornyak». Es probable que se escribiera a ratos dispersos, en ciertos momentos robados, sacrificando muchas horas de sueño, pues las mujeres de las líneas no tenían tiempo de ocio. Si alguien dispone de pruebas que arrojen luz al misterio de su autoría, no importa lo fragmentarias que sean, pedimos que las compartan con nosotras. Les prometemos que la información se tratará con total discreción y respeto.

Es con gran orgullo, pues, y con una sensación de profunda realización, que les instamos a leer y a conservar este volumen entre sus tesoros y en un lugar honorífico.

—Patricia Ann Wilkins, Editora ejecutiva.

(*Lengua materna* es una publicación conjunta de las siguientes organizaciones: La Sociedad Histórica de la Tierra; HABLA FEMENINA, Sección Tierra; La

Metacofradía de Lingüistas Femeninas, Sección Tierra; El Grupo Láadan.)

1

ARTÍCULO XXIV

Sección 1. La decimonovena enmienda de la Constitución de los Estados Unidos queda derogada.

Sección 2. Este artículo será inoperante a menos que haya sido ratificado como enmienda a la Constitución por las legislaturas de tres cuartas partes de los diversos estados en el plazo de siete años a partir de la fecha de su entrada en vigor.

(Vigente desde el 11 de marzo de 1991)

ARTÍCULO XXV

Sección 1. No se permitirá a ninguna ciudadana de los Estados Unidos desempeñar ningún cargo público por elección o por nombramiento, tomar parte (de manera oficial o no) en las profesiones científicas o investigadoras, trabajar fuera del hogar sin el permiso escrito de su marido o (de no estar casada) de un varón responsable emparentado por sangre o señalado como su tutor

por la ley, ni ejercer control sobre el dinero u otras propiedades o posesiones sin permiso escrito.

Sección 2. Dadas las limitaciones naturales de las mujeres, un peligro claro al bienestar nacional cuando no están bajo la cuidadosa y constante supervisión de un ciudadano varón responsable, todas las ciudadanas de los Estados Unidos serán consideradas legalmente como menores, independientemente de su edad; sin embargo, serán tratadas como adultas en los tribunales si cuentan más de dieciocho años de edad.

Sección 3. Ya que las limitaciones naturales de las mujeres son inherentes y, por tanto, ellas no son responsables de las mismas, nada en este artículo debe interpretarse como que se permite el maltrato o el abuso de estas.

Sección 4. El Congreso tendrá poder para reforzar este artículo con la legislación adecuada.

Sección 5. Este artículo será inoperante a menos que haya sido ratificado como enmienda a la Constitución por las legislaturas de tres cuartas partes de los diversos estados en el plazo de siete años a partir de la fecha de su entrada en vigor.

(Vigente desde el 11 de marzo de 1991)

VERANO DE 2205...

Solo había ocho de ellos en la reunión; un número poco idóneo. Además de ser una cantidad muy pequeña para llevar los negocios de manera eficiente, también era par, lo que significaba que, en caso de empate, habría que dar a Thomas Blair Chornyak un voto de calidad, algo que

siempre odiaba. Denotaba un elitismo que era completamente contrario a la filosofía de las líneas.

Paul John Chornyak se encontraba presente y metía baza a los noventa y cuatro años, aunque Thomas debería haber sido capaz de proceder sin la interferencia del viejo. Aaron también estaba allí; debía asistir, pues el último punto del orden del día le concernía directamente. Habían congregado a dos de los miembros veteranos mediante el comset, de manera que los rostros de James Nathan Chornyak y de Giles, el cuñado de Thomas, se encontraban entre ellos, algo irritados. Adam estaba allí; solo era dos años más joven que Thomas y formaba parte del grupo de manera oficial. Thomas confiaba en su hermano por muchos motivos, entre ellos, su habilidad para desviar las digresiones de su padre y convencer a Paul John de que sus palabras se tenían en cuenta. Kenneth se encontraba allí porque, al no ser un lingüista, siempre podía escaparse de lo que estuviera haciendo para asistir a las reuniones, y Jason, porque la negociación en la que estaba trabajando se encontraba estancada por un tecnicismo sobre el que no tenía poder alguno, lo que le concedía tiempo libre hasta que el Departamento de Estado lo resolviera.

Cualquiera de estos dos últimos habría resuelto el problema del número par al excusarse con cortesía, pero ninguno estaba dispuesto a hacerlo. En opinión de Jason, ya que Kenneth no era más que un yerno y ni siquiera miembro de las líneas por nacimiento, era él quien tenía que marcharse a cumplir con sus obligaciones en lugar de entorpecer el trabajo. Y, en opinión de Kenneth, tenía tanto derecho a tomar parte en la reunión como Jason: no había renunciado a su apellido y tomado el de Mary Sarah Chornyak para nada. Ahora era un Chornyak, como cualquiera de los otros, y sabía muy bien que una de las cosas que tenía que hacer era subrayar ese hecho a cada oportunidad o los otros hombres más jóvenes lo relegarían

al último puesto de la jerarquía. No estaba dispuesto a marcharse.

Era una situación molesta, y Thomas consideró por un instante la posibilidad de pedir a James Nathan que se retirara, pero lo habían despertado para esto, y no le había hecho mucha gracia. Había pasado despierto toda la noche anterior y hasta bastante después del desayuno en busca de una solución para una de las crisis de la Tercera Colonia, de las que, al parecer, había un suministro inagotable, y estaba exhausto. Ahora que lo habían despertado, no sería apropiado que le sugirieran que volviera a la cama: «Lamentamos molestarte, pero pensábamos que te necesitaríamos...». No. No estaría bien, así que lo dejó pasar. Si Thomas tenía que usar su voto de calidad, que así fuera; sobrevivirían. Últimamente, las reuniones en la casa Chornyak eran siempre breves, excepto las semestrales, que tenían un calendario permanente y para las que todos dejaban un día libre en sus agendas. Por la manera en que el Gobierno había impulsado los viajes al espacio en los últimos tiempos, y con la negociación de todo el conjunto de tratados y acuerdos de compra y el establecimiento de relaciones formales, era difícil encontrar a cualquier lingüista de menos de sesenta años que pudiera dedicar una hora a los asuntos internos.

Thomas se contentaría con lo que tenía, y agradeció que no solo estuvieran el viejo Paul John, Aaron y él. Los tres a solas en la mesa habrían compuesto un *quorum* penoso. La forma de la mesa, una superficie lisa en forma de A sin travesaño, era ideal para las reuniones semestrales. Los hombres se colocaban a su alrededor y, a la vez, contaban con un amplio espacio para tridis y hologramas en la zona sólida en la cúspide de la A. Pero cuando solo había media docena de personas, cada uno tenía que apostarse en un punto arbitrario para llenar la geometría, o bien

acurrucarse en un rinconcito y sentirse empequeñecidos. Ese día habían optado por la dispersión. Su padre se encontraba a su derecha, con los comsets al otro lado de la habitación, que gravitaban fuera del alcance de sus cabezas, y los otros cuatro hombres colocados como los puntos de una brújula. Estúpido procedimiento.

Resolvieron sin problema los primeros siete puntos del orden del día y no hubo necesidad de hacer ninguna pausa. Lo único sobre lo que Thomas se sentía un poco más inseguro, el contrato para el REM80-4-801, no tuvo ninguna oposición. A veces, una reunión con una proporción sustancial de jóvenes participantes sin experiencia tenía sus ventajas. Había preparado sus argumentos, por si acaso, pero o bien ninguno de los otros se había percatado de la peligrosa apertura en el subpárrafo once, o no les preocupaba lo suficiente como para perder el tiempo discutiendo al respecto. El resto de asuntos eran pura rutina, y completaron la lista en menos de doce minutos.

Ahora se disponían a abordar el último tema. Con cuidado, Thomas lo leyó con un tono de voz indiferente, sin añadir énfasis alguno y, a continuación, esperó. Como había previsto, Aaron fingió estar tremendamente aburrido; tenía la habilidad propia de la línea Adiness con las expresiones faciales, además de la facilidad que confiere la práctica, y mostró un completo desinterés.

—Este asunto queda abierto a discusión —declaró Thomas—. ¿Algún comentario?

—Sinceramente, no veo ninguna necesidad de discusión —observó Aaron de inmediato—. Creo que habríamos resuelto todo este asunto con facilidad mediante memorandos, y Dios sabe que tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo. Como todos, Thomas; seguro que no soy el único que está atascado con los plazos de entrega federales.

Thomas no estaba dispuesto a pronunciarse todavía; alzó las cejas apenas la fracción precisa, se frotó la barbilla con suavidad y esperó... hasta que Aaron habló.

—Reconozco que tuviste que añadir este asunto a un orden del día formal; me has convencido de ello —comentó—. Y lo hemos hecho. Ha salido a la luz, es una cuestión pública, para que todo el mundo lo vea y aplauda. Y ya hemos perdido demasiado tiempo. Propongo que votemos y acabemos de una vez.

—¿Sin ninguna discusión? —preguntó Thomas con suavidad. Aaron hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué hay que discutir?

Paul John intervino; era lo bastante viejo como para que la arrogancia de este yerno en concreto no le pareciera divertida en absoluto, y demasiado anciano para que su brillante uso del lenguaje o su buen aspecto lo impresionasen.

—Lo descubrirías si dejaras hablar a los demás —repuso el anciano—. ¿Por qué no lo intentas y lo compruebas?

Thomas actuó con rapidez, pues no le interesaba ver a Aaron y Paul John iniciar una de las sesiones de combate dialéctico a las que eran tan aficionados. Eso sí que sería una pérdida de tiempo.

—Aaron —intervino—, esta reunión no es una mera fachada.

—No. Teníamos que discutir esos contratos. Y votar sobre ellos.

—Y este tema tampoco es trivial —insistió Thomas—. Hay un motivo, un buen motivo que nada tiene que ver con hacerlo público, para que lo tengamos en consideración. Porque sentimos, y estamos obligados a sentirlo, algo más que afecto formal hacia la mujer en cuestión.

—Y te recuerdo que, en términos puramente económicos, la mujer merece ese afecto por completo —intervino Kenneth desde el otro extremo de la mesa, en la

pata derecha de la A. Estaba nervioso y carecía de la habilidad necesaria para ocultarlo con el tono de voz o el lenguaje corporal, pero mostraba determinación—. Nazareth Chornyak ha dado nueve niños sanos a esta línea —añadió—. Eso son nueve lenguajes alienígenas añadidos a los haberes de esta casa. No se trata de una muchacha sin experiencia.

Thomas vio cómo Aaron permitía que un leve signo de desprecio, un parpadeo de desdén medido con sumo cuidado, surcara su rostro; luego, lo reemplazó por una falsa y empalagosa amabilidad acorde a lo que iba a decir a continuación. No era, en absoluto, una competición justa: por un lado, estaba el pobre Kenneth, salido directamente del populacho y conducido a la casa Chornyak, sin ningún dominio de las habilidades lingüísticas; y, por otro, Aaron William Adiness, hijo de la casa Adiness, la segunda de las dinastías lingüísticas, solo por detrás de la línea Chornyak. Kenneth era un pato en un barril, y Aaron disfrutaba demasiado de la caza como para dejar escapar la ocasión.

—Hay veces, Kenneth —contestó con tono compasivo—, en que resulta obvio en extremo que no naciste lingüista. No aprendes nunca, ¿verdad?

Kenneth se ruborizó, y Thomas sintió lástima por él, pero no interfirió. En cierto sentido, Aaron tenía razón: Kenneth no aprendía. Por ejemplo, todavía no había aprendido que seguir el juego a Aaron solo servía para alimentar su gigantesco ego y era, por tanto, una pérdida de tiempo. Kenneth siempre picaba.

—No es la mujer —agregó Aaron con amabilidad— la que añade los lenguajes alienígenas a los haberes de la casa. Es el hombre. Es este el que se toma la molestia de fecundar a la mujer, a la que se mima y se trata con indulgencia enfermiza para asegurar el bienestar de su hijo. Atribuir crédito alguno a la mujer, que desempeña el papel de un simple receptáculo, es romanticismo primitivo,

Kenneth, y completamente acientífico. Relee tus textos de biología.

Releer. Presuponía que Kenneth ya los había leído y que no había aprendido nada de la experiencia. Magnífico. Y típico de Aaron Adiness.

Kenneth farfulló y enrojeció todavía más.

—Maldita sea, Aaron...

Aaron navegó en la corriente de la conversación; Kenneth apenas estaba presente, excepto como objetivo de su misericordiosa instrucción.

—Y harías bien en recordar que, si no fuera por la intervención de los hombres, solo nacerían mujeres. La raza humana degeneraría en una especie compuesta enteramente por organismos inferiores a nivel genético. Tal vez quieras reflexionar sobre ello, Kenneth. No estaría mal que tuvieras en mente esos hechos básicos, como antídoto para las tendencias sentimentales.

Entonces, se reclinó hacia atrás, exhaló una bocanada de anillos de humo hacia el techo, sonrió y dijo:

—No confundamos el continente con el contenido, querido hermano.

En la otra pata de la mesa, Jason se rio en respuesta al viejo chiste. Thomas se sintió decepcionado. Más tarde, le diría unas palabras a su hijo por aplaudir al que utilizaba un arma cuando el blanco era un pato en un barril. Se sintió más satisfecho con lo que sucedió a continuación, cuando la reprimenda llegó de la pantalla del comset donde el rostro de James Nathan parpadeaba y ondeaba contra las fluctuaciones de los suministros de energía de la casa.

—Maldición, Adiness —intervino este otro hijo más capaz—, la única razón por la que no hemos terminado con esto para pasar a esos plazos de entrega por los que estabas tan preocupado hace cinco minutos, y la única razón por la que no estoy de vuelta en la cama, donde, sin duda, debería estar, es por lo mucho que te gusta hablar.

Ninguno de nosotros, y eso incluye a Kenneth, a quien pido disculpas por tus malos modales, necesita que recites información que todos los seres humanos conocen desde los tres años de edad. Ahora, daré por hecho que has terminado, Aaron, y te sugiero que así sea.

Aaron asintió con cortesía y aplomo, y sonrió con tranquilidad, y Thomas supo que este consideraba que la reprimenda merecía el placer de haber jugado con Kenneth, Williams de apellido de soltero. Aaron consideraba que el hecho de que Kenneth aportara genes nuevos no justificaba su presencia. Desde el principio, se había opuesto a que entrara en la casa como esposo de Mary Sarah, y nunca ocultó que su opinión no había cambiado, a pesar de los siete años que habían transcurrido. Le gustaba recalcar que Kenneth era «sin duda, afeminado». No delante de él, por supuesto, pero siempre allí donde el insulto llegara a su cuñado al poco tiempo.

—Nazareth ya no puede dar a luz —comentó Jason, consciente de que había sido el único en reírse con el ataque de Aaron, y ansioso por demostrar que en él había algo digno de consideración—. Tiene casi cuarenta años, y ni siquiera de joven fue una gran belleza. ¿Para qué demonios necesita pechos? Es absurdo. Es un tema que no merece ni cinco minutos, y mucho menos una reunión. Estoy de acuerdo con Aaron; propongo que terminemos esta discusión, votemos y levantemos la sesión.

—¿Y hagamos qué? ¿Dejarla morir?

Paul John carraspeó, y los miembros veteranos miraron al techo con educación. Estaba claro que tendrían que pasar más tiempo con Kenneth. Tal vez deberían comentárselo a Mary Sarah...

—¡Por Dios, Kenneth, qué tontería acabas de decir! —exclamó Jason, dándose importancia—. Hay dinero de sobra en la Cuenta Individual Médica de las mujeres para cubrir

el tratamiento que Nazareth necesita. ¿Quién habla de dejarla morir? No dejamos morir a las mujeres, idiota. ¿Todavía te crees todo lo que lees en las noticias sobre los lingüistas?

Entonces, Thomas suspiró, lo bastante alto para que lo oyesen, y notó la aguda mirada de Aaron. Tal vez pensara que estaba cansado. Cansado y, para un observador bien entrenado, a punto de desmoronarse. Aaron opinaría que ya era hora de que Thomas dimitiera y cediera el mando de la casa a alguien más joven y capaz, preferiblemente a Thomas Blair II, porque Aaron sabía que lo manipularía con facilidad. Thomas sonrió a Aaron en reconocimiento de la idea y dejó que sus ojos hablaran por él: «Pasarán muchos años antes de que entregue la casa Chornyak a nadie, bastardo engreído», y, entonces, alzó una mano para dar por zanjada la discusión entre Kenneth y Jason.

—Mira... —empezó a decir Kenneth antes de que Thomas lo interrumpiera.

—Los lingüistas no dicen «mira», Kenneth. Tampoco dicen «oye» ni «escucha». Por favor, exprésate con mayor formalidad. —Thomas era un hombre paciente, y seguiría intentándolo con este joven testarudo e impetuoso. Había visto diamantes más toscos en su época, y los cuatro hijos que Kenneth había engendrado hasta ahora eran especímenes soberbios.

Kenneth, evidentemente, no comprendía qué diferencia creaba su elección de predicados sensoriales en las entrañas de la gran casa, a kilómetros de cualquier miembro del público que se contaminara de sus defectos de expresión, pero tenía los suficientes modales como para guardarse sus opiniones. (No pudo borrarlas de su rostro, por supuesto, pero eso no lo sabía, y los demás no tenían motivos para decírselo). Pidió disculpas con un gesto y empezó de nuevo.

—Entiende esto —comentó con cuidado—. Hay dinero suficiente en la CIM de las mujeres para pagar la regeneración de los pechos. Yo llevo las cuentas, ¿recuerdas? Estoy en posición de saber para qué hay dinero y para qué no. Es una suma insignificante; solo hay que implantar una célula o dos y aplicar un poco de estimulación rudimentaria para iniciar la regeneración de las glándulas. ¡Eso es biología y contabilidad elemental! En realidad, cuesta lo mismo que un ordenador de muñeca, y este año hemos comprado cuarenta. ¿Cómo explicamos que no estamos dispuestos a autorizar que se emplee una cantidad tan reducida en beneficio de alguien que ha sido tan eficiente, tenaz y productiva como «receptáculo»? Soy consciente de que no nací lingüista, aun sin los constantes recordatorios de Aaron, pero ahora soy miembro de esta casa, tengo derecho a ser escuchado, no soy ignorante y os digo que me siento incómodo con esta decisión.

—Kenneth —intervino Thomas, y la simpatía de su voz era auténtica—, valoramos la compasión y la empatía que nos transmites. Quiero que lo sepas. Necesitamos tu opinión, sin duda. Pasamos tanto tiempo compartiendo las visiones del mundo de seres que no son humanos que, a veces, nosotros tampoco lo parecemos. Necesitamos a alguien como tú que nos lo recuerde de vez en cuando.

—Entonces ¿por qué...?

—Porque, por mucho dinero que podamos permitirnos, no podemos gastarlo en gestos sentimentales. Siento que esto te decepcione, Kenneth, pero así son las cosas. Todos lo lamentamos, pero, aun así, es cierto. La ley que establece que «ningún lingüista gastará un centavo que el público pueda ver como un desembolso sospechoso» se aplica aquí, como lo hace en todas las casas de las líneas, con absoluto rigor.

—Pero...

—Sabes muy bien, Kenneth, porque procedes del público, y, al contrario que Aaron, no considero que eso sea un defecto, que ningún miembro de ese colectivo haría lo que pides por una mujer ya madura y estéril. ¿Quieres que seamos la casa responsable de una vuelta a las rebeliones antilingüistas, hijo? ¿Para beneficiar a una mujer alocada que ha sido tratada con mimo durante toda su vida y que, ahora, está haciendo una montaña de un par de nidos de hormiga ya gastados? Seguro que no quieres eso, Kenneth, por mucha simpatía que sientas hacia las exigencias de Nazareth.

—Un momento —intervino Aaron con aplomo—. Clarificaré eso último. Nazareth no ha exigido nada, solo lo ha pedido.

—Muy cierto —replicó Thomas—. He exagerado la afirmación.

—Pero el tema es el mismo, Thomas. Estoy seguro de que Kenneth ve ahora este asunto con una luz menos... sentimental.

Kenneth contempló la mesa y no añadió nada más, así que todos se relajaron. Por supuesto, podrían haberse impuesto sin darle la charla. Esa opción siempre quedaba abierta. Pero era preferible evitarlo en la medida de lo posible. Los lingüistas convivían de forma tan cercana que era inevitable que las riñas familiares fueran un obstáculo considerable para el desarrollo normal del día a día, y, con noventa y un miembros bajo su techo, la casa Chornyak era una de las más abarrotadas. En esas circunstancias, se buscaba la paz, y la pronta disposición de Aaron para sacrificar esa paz solo por anotarse uno o dos puntos era una de las razones principales por las que Thomas no quería que consiguiera más poder en la casa. Era Aaron quien, en realidad, no aprendía y, al parecer, no podía hacerlo. Y sin las excusas de Kenneth.